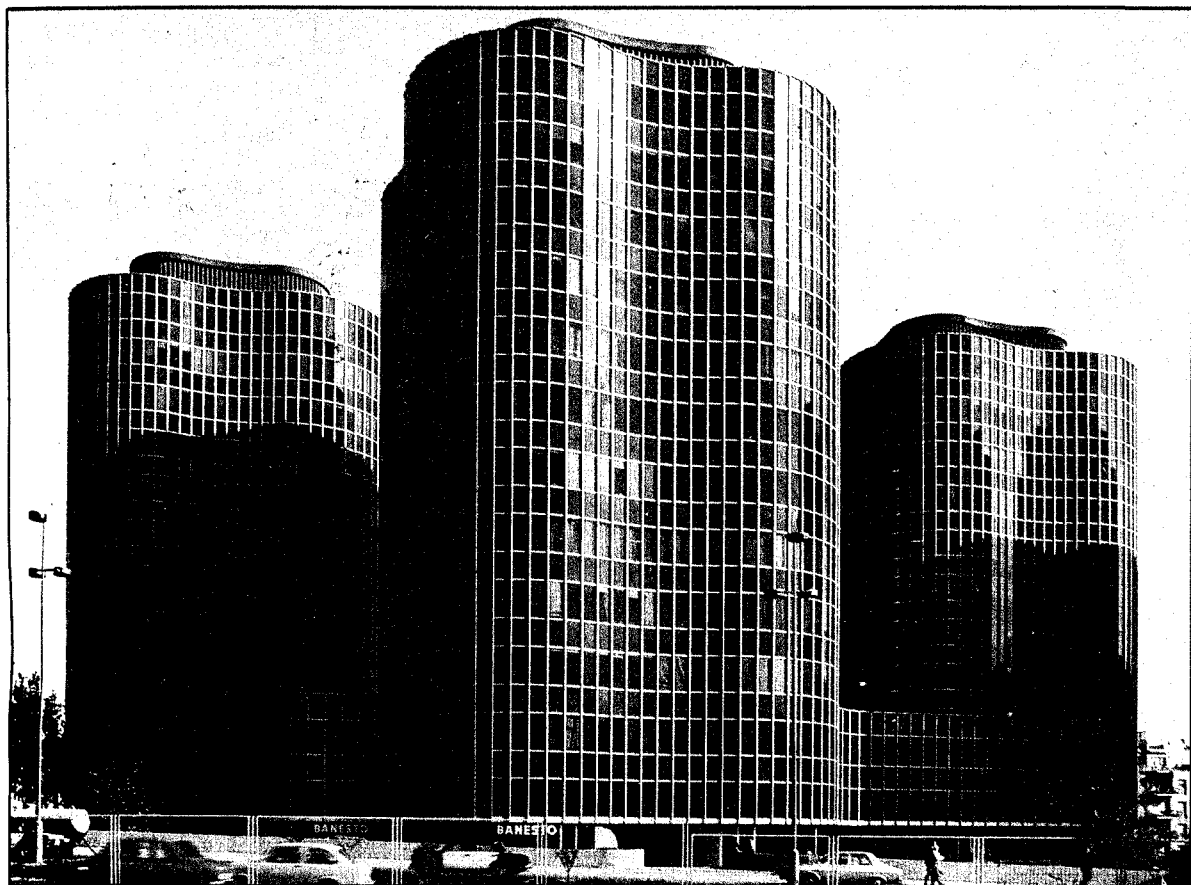


CULTURA



Arriba, los edificios Trade de Barcelona. A la derecha, el edificio Girasol de Madrid, 1966 (fotos de F. Català Roca)



José Antonio Coderch: Entre el arte y el mito

LA primera vez que le traté con cierta intimidad fue en el estado de excepción de 1969. Como consecuencia de cierta actividad política, me vi obligado a abandonar por algunos meses mi residencia y trabajo habituales, y dediqué mi breve ostracismo interior a visitar algunos buenos profesionales y viejos amigos casi olvidados, con quienes sostuve largas y vivas conversaciones. Fue él, José A. Coderch de Sentmenat, franquista de primera hora, quien me deparó la más cálida acogida y el único que insistió en ofrecermelo su casa.

Amor, tiempo y sufrimiento

En su pequeño estudio privado pasé, en repetidas ocasiones, largas horas realmente inolvidables que me produjeron un cierto vuelco interior: me enfrentaba a un hombre que aparentemente tenía convicciones diametralmente opuestas a las mías, sobre algunos asuntos humanos, y sin embargo, su fuerza y modo de expresarlas era tal que en varias de ellas me hizo comprender e incluso apreciar ciertos valores o principios que mi generación tenía olvidados como restos de un mundo y una cultura a la que combatíamos y creíamos en vías de extinción. Tuve, asimismo, la sensación muy viva de hallarme ante un hombre de un vigor a la vez intelectual y afectivo excepcionales.

En Coderch no hay jamás representación. Todo en él y en sus obras es pura presencia

Parecía como si por una vez la talla humana registrara ampliados todos y cada uno de los resortes de inteligencia y de sensibilidad que su obra anunciaba. El espectáculo del hombre era superior al de su obra, en la cual yacían bien evidentes pero congeladas unas fuerzas que revividas, frente a él, constituían la pura presencia del mito. Creí o creo entender desde entonces, que el mito nace de una rara coincidencia entre el ser y la palabra; que ésta, es decir, sus obras, no eran nada más ni nada menos que la revelación íntegra y exacta de lo esencial humano que les da vida. No hay en Coderch jamás representación, todo en él y en sus obras es pura presencia; en el mito no había aún penetrado el logos, separando ser y apariencia o representación, tal como me parecía estar presenciando ante mí, a solas con él.

Coderch estaba y estará siempre enteramente fundido en cada una de sus obras, en todas sus aristas, luces y penumbras y en cualquiera de sus más modestos detalles; del mismo modo que en su obra es posible identificar todos los registros de su carácter, de la noble casta de un hombre que

siempre se sintió obligado a poner "amor, tiempo y sufrimiento" —según sus propias palabras— en cualquiera de las acciones humanas que él consideraba constituir un acto de servicio; algo que para muy pocos, poquísimos hombres tiene el sentido de humildad que para él tenía. Eso y pocas cosas más son la única grandeza que vale la pena recordar.

Soledad interior

Después de aquellos encuentros del 69, aún visitándole con escasa frecuencia sentí que algún tipo de afecto recíproco se había instalado entre ambos, afecto que viniendo de él, me parecía a mí, algo así como un secreto regalo totalmente imprevisible, dadas todas las distancias que lógicamente debía yo reconocer entre ambos. Siempre lamentaré no haberle conocido mucho antes y creo entender a Federico Correa cuando dice que una de las dos cosas más importantes que le ocurrieron en su vida, una es la de haberle conocido.

J. A. Coderch pertenecía a esa rara especie de hombres que deciden y consiguen extraer su obra

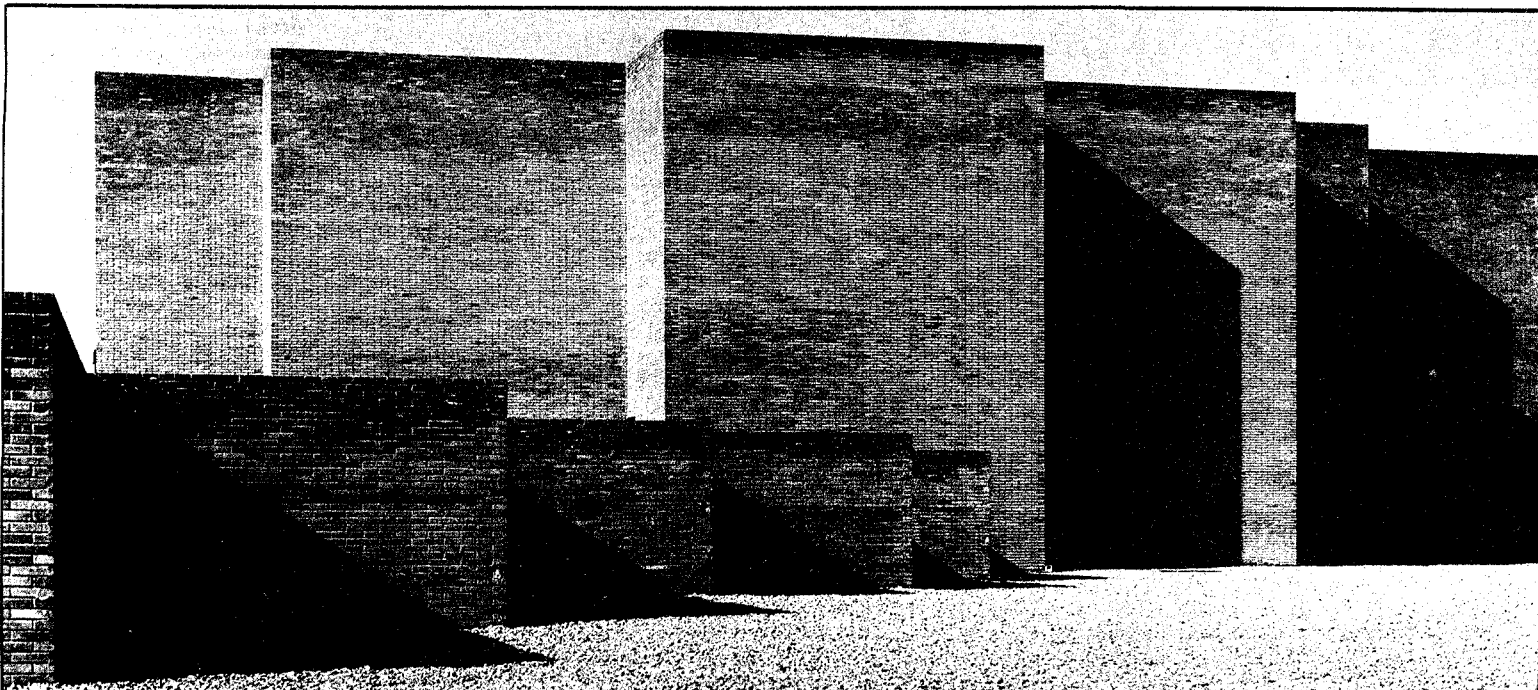
desde una rica soledad interior, en la que todo nace y se desarrolla animado por fuerzas y fidelidades primigenias; aquellas precisamente que luego confieren a su obra el aura de la autenticidad, propia de lo irrepetible, o de lo parido con "dolor en el vientre" como él afirmaba. Autenticidad que se ha supuesto en vías de irreversible extinción, como consecuencia de una acelerada capacidad de reproducción técnica de la obra de arte, que si bien se trataría de una capacidad de naturaleza social, tiene hoy, sin duda alguna, el equivalente individual en cada "artista" de una análoga y simétrica habilidad de reproducción estilística.

Una habilidad estimulada por el alud informativo a que nos somete la actual cultura visual, y de la cual J. A. Coderch siempre aconsejó huir como de la mismísima "mierda", según su directa expresión. Por esto cuando él decía que hacíamos una arquitectura demasiado arquitectónica, creo que señalaba certeramente al centro de la cuestión. Tema este que debería ocupar y no tan sólo preocupar a todo arquitecto, o quien quiera intentar serlo, y que sólo él intentó y consiguió llevar en la práctica a sus últimas consecuencias, en uso de una libertad y de una valentía artística absolutamente desconocidas hoy. También aquí oculta estaría su más definitiva lección.

EMILI DONATO



Vista de la exposición-homenaje que se presenta en el Saló del Tinell



A la izquierda, un aspecto de la fábrica Seat de Martorell. Arriba, José A. Coderch de Sentmenat, un hombre de un vigor intelectual y afectivo excepcionales